

Jorge Díaz Herrera, *ALFORJA DE CIEGO*. Lima, Ediciones Arte/Reda, 1979.

En un breve tomo de bolsillo, de 204 páginas, Jorge Díaz Herrera (Cajamarca, 1941), nos presenta alrededor de cien relatos, breves, móviles, nerviosos, como un apiñado depósito de formas vitales que pugnan por salir a la superficie.

*Alforja de ciego* es un libro de relatos que intenta abrir un nuevo cauce, un nuevo género, para aprehender como con una pinza eventos insólitos y cotidianos que emergen del caudal de la vida social, turbulenta, de mutua agresión de caracteres. Es un libro de relatos que, en ámbitos estrechísimos, en síntesis, refiere situaciones, conflictos y hechos que a corto, mediano o largo plazo, se producen en las relaciones entre los hombres por diferencias o afinidades anímicas y por las inauditas formas en que se manifiestan las relaciones entre los humanos. A fin de cuentas, en el pensamiento del autor, en el contexto social establecido, existen formas de relación convencionales y legales sobre las que subyacen otras con igual o mayor valor que los hombres aceptan o violan en el devenir del tiempo.

Hay que admitir que no todos los relatos o anécdotas que nos entregan ostentan el mismo logro. Existen algunos que, por su concisión, esquematismo y ausencia de carácter se muestran artificiosos, sin estructura de testimonio o relato y sólo grafican algunos hechos inusitados o prosaicos, útiles sólo para la reflexión. Otros, en cambio, ofrecen, a despecho de su brevedad, estructura, conflictos e impacto de desenlace. Son estos últimos, felizmente, en gran medida, los que salvan y otorgan mérito a la tarea prospectiva que se ha fijado el autor.

Desde el punto de vista temático, Díaz Herrera, ha agrupado sus relatos en cinco estancias. *Locuras y cordura* presenta contingencias del plano mítico: fantasías, creencias y supersticiones; *Discretas indiscreciones* refleja el plano laboral, político y social; *Atados al duro banco* acontecimientos de inculpadlos, sentenciados y condenados; *Entre laxos y abrazos*, los sueños, halagos y frustraciones de las relaciones amorosas; y *Chácharas* monólogos y diálogos que perfilan situaciones cotidianas.

Lo que, en primer término, concita la atención del lector, ciertamente, es el gran número de relatos. Sin embargo, pensamos, en muchos casos, la cantidad gravita en contra de la calidad. El desnivel de organización, caracterización y expresión es diáfano. El autor, parecería, ha coleccionado es-

tas muestras a través de un largo tiempo y, posiblemente por nostalgia, no se ha decidido a una acción de poda que hubiera sido muy importante en la consecución de una arquitectura pareja y funcional en el libro.

Los méritos de las muestras logradas son diversos. En primer término llama la atención la manera cómo, en un ámbito espacial estrecho, los relatos consiguen argumento, trama y desenlace. Los personajes son retratados no merced a la descripción sino a través de los hechos mismos que se presentan o sugieren. Los dramas, a flor de la vida, se suscitan ágiles en el recuerdo y la experiencia que guardamos como actores o testigos de nuestros tiempos por lo que, al identificarlos en el relato, nos solidarizamos con sus protagonistas. El desenlace, ascendente o descendente, desemboca veloz con insólito término. La exposición hecha en tercera persona, en trazos escuetos, interpola, con bastante acierto, frases de primera y segunda personas otorgando vivacidad al relato. La historia es breve, precisa y monolítica. Y, por último, en muchos de ellos, hay un mensaje de reflexión y análisis que nos conducen a llenar el vacío de comprensión, solidaridad y fraternidad que debe existir entre los hombres. El libro, en conclusión, es un voto en contra del egoísmo, la alienación y la deslealtad de los humanos en el contexto social de nuestros días.

Sin embargo, no obstante estos aciertos, es posible advertir algunas frustraciones. Ellas, en verdad, no son exclusivamente imputables a la capacidad del autor sino a las limitaciones de espacio en la muestra narrativa que ha escogido. Los relatos, cotidianos, objetivos y ágiles son envasados herméticamente en formas de fácil almacenamiento, es cierto, pero el contenido, a ras de la vida, reclama espacio y escenario para presentar su drama con amplitud, vivencia y sentido épico, requerimientos que, en literatura, todo personaje considera necesario en la exposición de sus problemas. En estos textos existe, en el ánimo del lector, un sentimiento de desasosiego, por el esquematismo y brevedad de algunos relatos. Un sentimiento de desencanto acompaña el término de la lectura de algunos. En muchos de ellos, evidentemente, hay materia para un cuento, una novela o un drama de mayor alcance.

Por otro lado, la falta de espacio no posibilita al autor más que un desarrollo lineal del asunto. Este desarrollo es suficiente en muchos relatos, pero en otros existe necesidad de vías colaterales —perpendiculares o paralelas— que la trama exige pero que se

ha visto precisado a amputar. Emerge así ante los ojos del lector personajes, sucesos y urdimbre que el autor nos ofrece: encapsulados, asépticos, variados y agradables, pero que carecen de la frescura, diaphanidad y zumo del fruto aprehendido en una obra artística de envergadura que debe entenderse como recreación de vida. Son también visibles las demasiadas coincidencias y la monotonía de algunos relatos, como las de *Genealogía trunca*, o la vaguedad de otros, como la de aquellos que se agrupan *En las viejas casonas*.

En un balance sereno, sin embargo, es necesario resaltar que, con seguridad, en *Alforja de ciego* tienen mayor peso específico los méritos descritos. Consideramos que los resultados del experimento, a fin de cuentas, son muy positivos. Pensamos igualmente que, desbrozando algunos artificios y sin presionar demasiado el envase, puede conseguirse una condensación y formalización de vida real y funcional a través de la palabra que satisfaga con creces a los buenos degustadores del arte.

Marco Gutiérrez V.

Efraín Szmulewicz: *DICCIONARIO DE LA LITERATURA CHILENA*. Santiago, Ediciones Lautaro, 1977. 563 páginas.

Este diccionario es presentado por su autor "con el fin de que estudiantes, estudiosos, simples lectores reciban una información general sobre los escritores chilenos y así poder partir de los nombres como hitos hacia estudios más acabados". En un encomioso prólogo Roque Esteban Scarpa señala que "en la obra se interiluminan la información y la ilustración sobre obras y autores, precioso servicio a estudiantes, periodistas y amigos de la cultura". El prologuista agrega que "se ha cumplido una labor importantísima para el reconocimiento del vuelo de nuestra patria".

Nosotros hemos examinado con interés y atención este *Diccionario* y creemos que la simple exposición de nuestras observaciones mostrará cómo ni se cumple la finalidad anunciada por su autor, ni la obra puede ser calificada como "precioso servicio" a la literatura chilena.

El *Diccionario* consta de 774 nombres, ya que en ningún caso puede hablarse de 774 escritores: se incluye cualquier aficionado del cual el autor tenga noticias, promisorios verificados inéditos, autores de voca-

bularios náuticos o textos escolares, personajes influyentes en el gobierno militar, y todo tipo de plumíferos o escribidores, a veces con espacio más generoso que el dedicado a los poetas, dramaturgos o narradores chilenos. Este simple dato muestra una absoluta falta de comprensión de lo que la literatura es y una clara distorsión de la realidad y lo convierte en un instrumento deformador. Pero esto es sólo el comienzo. Las distorsiones y desequilibrios pueden en seguida observarse en el espacio dedicado a cada nombre. Podrá objetársenos que este argumento es superficial, y que contar las líneas es un criterio cuantitativo y no cualitativo, etc. No lo creemos así en el caso de un diccionario, y más específicamente en éste, debido a que las desproporciones son gigantescas y demuestran claramente intenciones deformadoras. Veamos el caso de la dramaturgia chilena: Vodánovic, 10 líneas; Wolff, 3 líneas; Isidora Aguirre, 4 líneas; Jorge Díaz, 16 líneas; Fernando Debesa, 21 líneas; Fernando Cuadra, 31 líneas y José Ricardo Morales, 103 líneas. Si el espacio dedicado a cada dramaturgo significa algo, ¿qué idea se formará un estudiante que consulta en este libro la significación e importancia de los dramaturgos chilenos, cuando el autor despacha en unas pocas líneas a Díaz, Wolff o Debesa y dedica un poco más de 3 páginas a José Ricardo Morales?

Veamos el caso de tres de los más grandes poetas chilenos: Huidobro, 41 líneas; Neruda, 58 líneas y Gabriela Mistral, 33 líneas. Aquí parece no haber desproporciones gigantescas, hasta observar que se dedican 33 líneas a describir los cargos y distinciones obtenidos por Sergio Martínez Baeza, actual sub-director de la Biblioteca Nacional y 31 líneas a reseñar datos semejantes referentes a Enrique Campos Menéndez, asesor cultural del actual Gobierno y director de la Biblioteca Nacional.

O el caso de algunos escritores coloniales: Lacunza, 5 líneas; Núñez de Pineda y Bascuñán, 8 líneas; Oña, 10 líneas; Ovalle, 12 líneas. Espacio más generoso les dedica a Inelia Uribe (21 líneas), a Francisco Alcalde Pereira (20 líneas) y a Efraín Szmulewicz (13 líneas).

Podemos observar también el caso de algunos escritores, tomados por nosotros al azar: Rubén Azócar (4 líneas), Waldo Atías (2 líneas), Margarita Aguirre (3 líneas), Alfonso Alcalde (3 líneas), Antonio Skármeta (9 líneas). A estas alturas no debemos perder de vista que estamos comentando un diccionario de escritores, para poder establecer una comparación del espacio dedicado a los cinco escritores que